

CARI /

Ricardo J. Siri

Tomás A. Le Breton

17

Los Diplomáticos

Tomás A. Le Breton
1868-1959

Ricardo J. Siri

Tomás A. Le Breton

1868-1959

Ricardo J. Siri

CARI /

CONSEJO ARGENTINO PARA LAS
RELACIONES INTERNACIONALES

Los Diplomáticos

Nº 17 - Año 1999

ISSN 1668-9666

El Jockey Club de Buenos Aires se complace en editar el presente volumen de la serie "Los Diplomáticos", que auspicia el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), con la certeza de que contribuye a una obra cultural de señalado relieve al ahondar en las personalidades que han otorgado prestigio a nuestra Nación.

Alfredo Lalor

Presidente

INDICE

La juventud de Le Breton	8
La Revolución del 90	9
El político	10
El diplomático	12
Embajador en Washington, 1918-1922	12
Ministro de Agricultura de la Nación, 1922-1926	16
Embajador en Francia, 1931-1938	20
Embajador en Gran Bretaña, 1938-1941	22



Tomás A. Le Breton

Es difícil precisar la gran personalidad de un hombre eminente como fue Tomás Alberto Le Breton, porque si bien participó en el gobierno y la política, desbordó el campo partidario para trascender a las diversas actividades del desarrollo del país.

En su actuación encontramos al abogado, al jurisconsulto, al periodista, al diplomático y al político preocupado por los problemas del agro, de la educación, de la cultura, del progreso en general. Todo le interesaba y a todo buscaba solución. Lo hizo en el país como legislador y Ministro de Agricultura y desde el exterior como diplomático o simple viajero.

Fue un hombre enamorado del mejoramiento técnico y de su aprovechamiento inmediato, y de acuerdo con cierta tradición a lo Sarmiento, fue desde el exterior el intermediario y consejero de quienes, desde estas tierras, querían asimilar las mejores sugerencias del progreso. Indudablemente Le Breton fue uno de nuestros grandes estadistas¹.

Nació en Buenos Aires el 20 de marzo de 1868, en las postrimerías de la presidencia de Mitre, el mismo año en que nació Marcelo T. de Alvear, con quien mantendría una gran amistad durante toda su vida.

Por línea paterna provenía de un hogar mitad francés y mitad inglés, y por su madre descendía de vascos. Sus padres fueron Tomás Le Breton y Dolores Ibarguren. Fue su esposa María Pereyra, compañera inteligente, de elegante presencia.

Los Le Breton descienden de antiguos pobladores de la Isla de Jersey, isla que, por estar en el Canal de la Mancha, perteneció sucesivamente a Francia y a Gran Bretaña. Según un árbol genealógico titulado "The House of Le Breton of Jersey", que adornaba la última residencia de nuestro biografiado, en la vecina localidad de Hurlingham, en el año 1450 aparecía su primer ascendiente medioeval, registrado con el nombre, en francés, de Tomás Le Breton de la Trinité. Su abuelo fue el primer Le Breton que se radicó en nuestro país.

Como una curiosidad, quiero recordar que el Embajador Le Breton estaba emparentado con la actriz inglesa Lillie Langtry, una de las más bellas mujeres de su tiempo (1853-1929), cuyo verdadero nombre era Emilie Charlotte Le Breton. Nacida en la Isla de Jersey, hija del Reverendo W. C. Le Breton, Deán de Jersey, Lillie Langtry se casó con un rico armador irlandés y fue la primera mujer de la buena sociedad inglesa que se animó a presentarse sobre las tablas de un teatro. Debutó en 1881, desafiando con éxito las severas costumbres victorianas.

Entre los más constantes admiradores de "*the Jersey Lily*" (el lirio de Jersey) -como también se la llamó- se contaba el Príncipe de Gales, quien asumiría después como rey Eduardo VII.

1. Ver *La Prensa*, Buenos Aires, 18.2.1959.

La hija de esta famosa y bella actriz fue la igualmente muy bella Lady Malcolm, quien, con su hijo Angus, funcionario diplomático, fueron frecuentes visitantes del Embajador Le Breton en Londres y en Ascot, donde muchos argentinos tuvimos el placer de conocerlos y gozar de su amistad.

La juventud de Le Breton

Fue un estudiante brillante. Estudió el bachillerato en el Colegio Nacional de Buenos Aires y en 1885 ingresó en la Facultad de Derecho. Se graduó de abogado y luego, en 1891, de doctor en jurisprudencia, con la tesis "Patente de Invención", importante trabajo dentro de una especialidad que marcaría su predilección ulterior.

Al año siguiente, con un encargo del Dr. Estanislao S. Zeballos, viajó a Europa en misión confidencial *ad honorem* del Gobierno de la Nación, con motivos vinculados con la cuestión de límites con Brasil.

En ese litigio, como se recordará, el abogado de nuestra causa fue el Dr. Zeballos, por entonces Ministro de Relaciones Exteriores. Aprovechando el viaje que el joven Le Breton hacía al viejo mundo, en 1891 el Dr. Zeballos le encomendó la búsqueda de documentos vinculados con el conflicto y, especialmente, que tratara de encontrar el Mapa de las Cortes, célebre documento cartográfico, "...mapa manuscrito levantado en Lisboa en 1749 en doble ejemplar" para España y Portugal, buscado empeñosamente por las cancillerías argentina y brasileña.

Le Breton lo descubrió en París en 1892, revisando los archivos cartográficos del Estado, el depósito del Ministerio de Negocios Extranjeros y la mapoteca de la Biblioteca Nacional de París. En un informe que luego elevó al Canciller argentino, el 11 de enero de 1893, Le Breton explicó que, al no encontrarlo en Portugal ni en España, pensó que podría hallarlo en Francia, suponiendo que hubiera sido llevado por los franceses durante la invasión napoleónica de principios del siglo pasado. Felizmente fue así. Descubrió el original en el depósito geográfico del Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia, proveniente de su anterior archivo en Lisboa².

Habrá sido grande la emoción de nuestro investigador cuando envió un telegrama al Ministro Zeballos diciendo simplemente: "El mapa de las Cortes ha sido hallado".

El Dr. Ismael Bucich Escobar comentó este hecho destacando su importancia, porque dicho mapa formaba parte del tratado entre España y Portugal firmado en Madrid en 1750, conocido con el nombre de Tratado de Permuta, en el que se estableció el célebre principio del *uti possidetis*, base legal con la cual la Argentina sostiene sus derechos a la sucesión de España en sus "derechos y posesiones territoriales" de lo que fue el Virreinato del Río de la Plata³.

2. Luis Santiago Sanz: *La Cuestión de Misiones*, Buenos Aires, 1957, pp. 16-17.

3. Ismael Bucich Escobar, en *La Razón*, Buenos Aires, 19.3.1939.

La Revolución del 90

Siendo aún estudiante, Le Breton participó en las contiendas y conspiraciones que preanunciaban la revolución de 1890. En 1889 se enroló en las filas de la Unión Cívica y formó parte de la juventud independiente que reclamaba ejercitar los derechos del ciudadano.

En un reportaje publicado en el diario *La Prensa* casi 70 años después, recordaba con orgullo su iniciación como reportero en ese diario, nombrado por su entonces director, el Dr. Eleodoro Lobos, al tiempo en que estalló la revolución que provocó la caída del Presidente Juárez Celman y su reemplazo por Carlos Pellegrini⁴.

A propósito del periodismo, Le Breton sabía decir que es muy útil escribir, porque la palabra escrita ayuda a fijar las ideas y facilita la reflexión.

Gran parte de las informaciones publicadas en *La Prensa* sobre la revolución del mes de junio provenían de la pluma del cronista Le Breton, quien a su vez participaba secretamente en el movimiento.

En el reportaje al que ya nos hemos referido, Le Breton contó que en la noche del 26 de julio llegó al diario en gran estado de agitación y con noticias "a montones". Al encontrarse con el Dr. Lobos éste le dijo: "enciérrese en esa habitación y escriba todo lo que sabe"... "y así rematé mi jornada de emociones incontables llenando carillas".

En el despacho del Dr. Lobos se encontró con el Jefe de Policía de la Capital, Coronel Otamendi, quien mirándolo dijo: "A estos los van a enjaular hasta el día de la revolución porque no tienen confianza en que sean discretos", sin saber que el levantamiento se produciría pocas horas después. Le Breton estaba naturalmente bien interiorizado porque era un protagonista, pero guardaba cuidadosamente el secreto. Por el contrario, el Comité Revolucionario le había encargado que averiguara discretamente si en el diario alguien tenía algún conocimiento sobre el momento de iniciarse el levantamiento.

Continuaba diciendo luego: "no respondí" al Coronel Otamendi, pero "fastidiado me retiré del despacho y al atravesar la habitación contigua vi el quepis del Coronel sobre una mesa y eso me sugirió una broma"... "saqué una bala de mi revólver -el que me habían dado en el Comité Revolucionario- y la coloqué dentro del quepis. ¿Una señal? ¿Una amenaza? Nada de eso, una simple broma...!"⁵

4. *La Prensa*, Buenos Aires, 9.3.1958.

5. *Ibid.*

El político

La vida pública lo absorbería. El país necesitaba hombres de su envergadura. Participó en la fundación de la Unión Cívica y después en la de la Unión Cívica Radical, partido en el que permaneció por el resto de su vida.

En 1914 fue elegido diputado nacional por la Capital Federal y fue reelecto en 1918. A fines de este último año renunció a la diputación para aceptar la Embajada en los Estados Unidos.

En la banca de diputado se destacó como un trabajador incansable. Su versación en cuestiones económicas y financieras lo hicieron partícipe de debates apasionados. Integró la comisión parlamentaria de presupuesto y finanzas.

Se preocupó por asuntos concernientes al bienestar de la sociedad, como el de la tuberculosis, pesas y medidas, precios y calidad de la leche y el pan, la carne, el azúcar y el kerosene. Cuando en el año 1915 el pan aumentó a 35 centavos el kilo, logró que se fabricara un pan de harina integral mucho más barato, al precio de 20 centavos el kilo, pan que se conoció con el nombre de "pan bazo", por su color moreno, o "pan radical". Su color se debía a que conservaba un porcentaje de afrechillo, pero poseía buenas cualidades nutritivas y digestivas, según lo certificó la Oficina Química Nacional.

Sostuvo en el Parlamento que, "en principio todo impuesto directo o indirecto que grave los artículos de alimentación, como la leche y el pan, es impuesto de pésimo efecto"⁶.

Un año después pudo decir que "se había conseguido bajar el precio de aquél artículo, y tanto, que hoy se expende a 15 centavos el kilo de pan blanco, precio no conocido hace muchos años en la Capital"⁷.

A este diputado todo le interesaba. Revisando los diarios de sesiones descubrimos sus iniciativas de fomento del fútbol, deporte por entonces en estado incipiente pero que comenzaba a popularizarse. En 1915 presentó un proyecto de ley fundado en que ni siquiera en la Capital Federal existía una cancha de fútbol, pues si bien "la Asociación Argentina de Fútbol tiene lista una gran cancha para este juego en la Avenida Alvear entre Gallo y Tagle, hasta la fecha no se ha podido habilitarla porque no tiene los fondos necesarios para levantar una tribuna"⁸.

Abogó igualmente por la difusión del atletismo y los deportes en los colegios del Estado, señalando: "El pueblo griego que sirve de ejemplo en muchos conceptos a las naciones más adelantadas, ha sido también el que elevó a su mayor apogeo esta ín-

6. Antonio J. Bucich: "Ubicación boquense del Dr. Tomás A. Le Bretón", en *Cuadernos de la Boca del Riachuelo*, Buenos Aires, octubre 1967, p. 19.

7. *Ibid.*, p. 20.

8. Le Breton propuso destinar a este deporte los premios no cobrados en las jugadas de la Lotería Nacional y el valor de los boletos de sport que no se presentaban a cobro (Leyes 7101 y 7102).

dole de juegos atléticos que contribuyen al entretenimiento sano de sus poblaciones, al propio tiempo que al desarrollo de la raza"⁹.

El Balneario Municipal de la ciudad de Buenos Aires fue "idea, proyecto y creación exclusiva del Dr. Le Breton"¹⁰.

Siendo diputado desarrolló paralelamente en el barrio de la Boca una acción social muy importante. En 1916 donó gran cantidad de libros a la Biblioteca Pública Leandro N. Alem, a la vez que participaba en una comisión pro alimentación escolar, ubicada en la Vuelta de Rocha. Ese mismo año logró que se distribuyera diariamente pan, azúcar y chocolate a 600 alumnos de la escuela de la calle Parker 64, que costearon de un peculio personal el Dr. Le Breton y otros colaboradores¹¹.

Pero Le Breton no se ocupaba solamente de asuntos de higiene y alimentos. Había en él una inclinación natural hacia las cosas bellas que hacen agradable la vida. Antonio J. Bucich, que lo recordó en sus años de diputado, señaló que inclusive desde el extranjero enviaba ideas y proyectos. Fue así que promovió un concurso de balcones floridos en esa popular barriada de casas pintorescas y modestas.

En los meses de receso del Parlamento viajaba a Europa y desde allí escribía al Secretario de la Universidad Popular de la Boca, Arquímedes S. Penco, diciéndole: "Le envío un tarro. Las plantas para habitaciones y ventanas"... "unas semillas de los famosos claveles sevillanos para que los distribuya entre los que mejor trataron las macetas en años anteriores". Y junto con las semillas de árboles, arbustos y plantas de adorno para repartir, mandaba también tarjetas postales desde Sevilla, mostrando los balcones premiados por sus mejores arreglos de macetas con flores, para que sirvieran de modelos¹².

Otra iniciativa de importancia fue la creación de la Universidad Popular de la Boca, la primera institución de su género creada en el país. Con ella Le Breton colmaba su afán para llevar la enseñanza a niveles populares. Su propósito fue crear un centro en el cual los estudiantes adquirieran conocimientos prácticos. No importaba el título. Quería que el egresado saliera capacitado. Buscaba elevar el nivel de los obreros. Aspiraba a formar técnicos. Y a fin de atraer el ingreso de un mayor número de trabajadores manuales sólo exigió certificados de haber cursado la enseñanza primaria.

La Universidad Popular de la Boca se inauguró en la noche del 2 de junio de 1917, en presencia de un nutrido público que colmaba los patios y de su emocionado inspirador. Este instituto lleva hoy su nombre.

Gran demócrata, en octubre de 1917 votó en la Cámara a favor de la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania, en contra de la posición neutralista asumida por el

9. *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*, Año 1915, t. II, pp. 733-736.

10. *Revista Popular*, diciembre de 1918.

11. A. J. Bucich: *loc. cit.*, p. 21.

12. *Ibid.*, p. 22.

gobierno de Yrigoyen, a cuyo partido pertenecía. Fue partidario decidido de los aliados. Sus sentimientos estaban a favor de Francia, Italia y Gran Bretaña.

Su actitud creó una situación incómoda al bloque de diputados radicales. Por ello pensó en renunciar a la banca, pero hombre de mundo, prefirió alejarse evitando el escándalo y solicitó licencia por el resto del período parlamentario, viajando esta vez a los Estados Unidos.

A fines del año siguiente (el 13 de diciembre de 1918), el Presidente Yrigoyen lo nombró Embajador en los Estados Unidos, país que lo atraía por su desarrollo industrial y sus progresos técnicos.

Con motivo de su fallecimiento, el diario *La Prensa*, en su entrega del 18 de febrero de 1959, en un artículo en que destacó sus múltiples actividades y condiciones personales, comentó que, "en el fondo había mucho de romántico en ese político de corte clásico, en ese estadista de erudición técnica". Hombre de "renuncia" siempre presta, el Dr. Le Breton se retiró voluntariamente, como diputado en 1918, y en 1926 como Ministro de Agricultura, en ambos casos de los gobiernos a los cuales estaba íntimamente ligado, y en las dos ocasiones emprendió viajes al exterior, a los Estados Unidos y a Europa.

El diplomático

Embajador en Washington: 1918-1922

Le Breton fue designado Embajador en los Estados Unidos por el Presidente Hipólito Yrigoyen en diciembre de 1918 y presentó sus cartas credenciales al presidente demócrata Woodrow Wilson en marzo de 1919. Dos años después le sucedió en la presidencia el republicano Warren Harding, quien inició su mandato a principios de 1921; por lo tanto, desempeñó su misión con ambos presidentes, renunciando en 1922 para acompañar al Presidente Marcelo T. de Alvear como Ministro de Agricultura.

Le Breton asumió sus funciones en un medio de efervescencia política internacional, sólo tres meses antes de la firma del Tratado de Versalles, que puso fin a la primera guerra mundial. Pero a nuestro embajador le atraían otros aspectos de aquel país. Llevaba en cartera instrucciones y proyectos afines con el desarrollo industrial y técnico. Se ocupó del aprovechamiento de los saltos de agua para generar energía eléctrica, la construcción de caminos, las mejoras agrarias y muchos otros proyectos tendientes a "mejorar la situación de la humanidad", según lo dijera en su discurso al presentar las cartas credenciales.

A su pedido, el Dr. Felipe A. Espil lo acompañó como Secretario de Embajada, iniciando así su carrera diplomática en la que luego se destacaría como uno de los más brillantes de nuestros embajadores.

En el curso de este trabajo recogeremos muchos recuerdos de Espil, pero aquí quiero referirme a un hecho que evidencia el buen sentido político de Le Breton, vinculado con la Conferencia de Desarme convocada por el gobierno norteamericano¹³.

Recuerda Espil que, después de la Paz de Versalles y del rechazo por el Senado norteamericano, en 1920, de la Liga de las Naciones, se habían deteriorado a tal punto las relaciones entre las potencias vencedoras que se hablaba de un conflicto anglo-norteamericano, perspectiva que aumentó por la alianza celebrada entre Gran Bretaña y Japón.

Estados Unidos había aprobado un gigantesco proyecto de desarrollo de su marina de guerra. Gran Bretaña hacía planes para llevar a su flota naval a nivel igual o superior a cualquiera otra extranjera y el Japón, por su parte, anhelaba igualar a la armada norteamericana.

Ante esta situación, Washington propuso a Londres y Tokio reducir sus construcciones navales en un cincuenta por ciento. La propuesta fue aceptada y el 12 de noviembre se inauguró en Washington la Conferencia Naval de 1921.

Le Breton, accidentalmente en París, llamado por Alvear, que acababa de ser electo Presidente de la República, envió una carta al Secretario Espil, entonces Encargado de Negocios en Washington, diciéndole que la "...fabricación de armamentos y la movilidad de oficiales que han hecho la guerra y que ahora circulan como instructores de otros..." provocaba la venta de armamentos, lo cual le preocupaba mucho. Temía que la venta de armas, de dudosa eficiencia, a países vecinos al nuestro, que no habían podido comprar durante la guerra, fuera la causa de un grande e inútil endeudamiento: "...el temor cunde -afirmaba-, los gastos aumentan, el escalafón crece y en vez de rieles y arados se cae en la ferretería militar que alimenta a las fábricas especializadas de los países de organización industrial"¹⁴.

Pensaba Le Breton que, debiendo reunirse al año siguiente -1923- la Quinta Conferencia Panamericana, en cuyo temario figuraba la reducción de armamentos, sería muy importante que se hiciera "...un estudio meditado de los diversos ejércitos, valiéndose de los informes de los agregados, etc. Necesitamos saber la cantidad real de tropas armadas incluyendo las organizaciones que con el título de policía, bomberos, etc., pudieran representar una base seria en caso de movilización". La carta agregaba muchos detalles técnicos que no vienen ahora al caso repetir, para continuar diciendo: "Usted sabe lo que yo pienso del disparate de la guerra y de sus posibilidades en América. Con todo, me he convencido de que es necesario conocerse bien y buscar luego

13. Felipe A. Espil: *Competencia Internacional de Armamentos*, Buenos Aires, Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales, 1967.

14. *Ibid.*, p. 38.

el medio de escapar a la intriga que deliberada o inconscientemente puede llevarnos a una puja aniquiladora"¹⁵.

En otra carta dirigida a Espil, que le envió el 15 de agosto de 1922, cuando se encontraba en viaje hacia Buenos Aires a bordo del "Lutetia", Le Breton le decía, en tono de crítica, que en el mismo barco viajaba a Brasil el Coronel Buchalet, de la misión militar francesa, quien le había contado que esa misión estaba integrada por "31 oficiales bajo la dirección de un general". Le Breton no pudo dejar de hacer el siguiente comentario: "Creo que sería mejor para nuestra América que estos "maestros" de la guerra se quedaran en sus casas y nos dejaran vivir tranquilos en nuestra ignorancia de estas cosas..."

El 12 de octubre de 1922 Alvear asumió la Presidencia y Le Breton, Ministro de Agricultura, se hizo cargo interinamente de la cartera de Relaciones Exteriores, hasta que llegara de Roma el Ministro Ángel Gallardo.

Estando Le Breton provisoriamente a cargo de esa cartera, se enteró de que los Estados Unidos habían enviado una misión naval al Brasil, compuesta por 16 oficiales de alta graduación y 19 suboficiales, por un período de dos años. Al respecto, Espil acota: "Para Le Breton, que había vivido de cerca los difíciles días de la Conferencia de Washington, cuyo entusiasmo lo había contagiado y de cuyo ardiente pacifismo da prueba la anterior correspondencia, semejante misión era inexplicable"¹⁶.

Sobre este punto, Le Breton le expresaba a Espil: "He hablado con el Embajador americano Mr. Riddle, sobre el mal efecto que aquí ha causado el envío de la misión naval a Río de Janeiro. En mi conversación le dije que a pesar de todo el empeño que ponemos para encontrar una buena razón, no la encontrábamos, si es que quieren ser coherentes con su programa pacifista y de limitación de armamentos"... "Le agregué que en los estudios modernos el maestro necesitaba de objetos para la enseñanza práctica: cañones, torpedos, minas, barcos, aeroplanos, etc. Que nosotros traemos maestros en semillas de trigo de Europa y de estadística agrícola de Estados Unidos. Otros traen militares, los mejores de la gran guerra y marinos de alta jerarquía"... "Que antes han venido a nuestros países profesores y técnicos especializados en estas materias, pero un contrato de las proporciones de la Comisión Naval de referencia, era algo que no se registraba en nuestros anales"¹⁷.

No obstante su gran interés, no voy a continuar con el tema del desarme, que originó un memorándum explicativo del embajador Riddle, entregado a Le Breton a fines de diciembre de 1922 y que éste lo pasó al Canciller Gallardo el 2 de enero de 1923 con unas notas refutando las explicaciones del gobierno de Estados Unidos. En efecto, Washington explicaba que la misión naval a Brasil se había mandado de acuerdo con una ley del Congreso de 1920, pero Le Breton destacaba que la Conferencia de Desar-

15. *Ibid.*, p. 39.

16. *Ibid.*, p. 41.

17. *Ibid.*

me fue en 1921 y en 1922 la Unión Panamericana había aprobado una reducción de gastos militares, lo cual contradecía evidentemente disposiciones anteriores.

Quiero sin embargo citar párrafos de dos cartas de Le Breton a Espil, en los que se traduce su pensamiento sobre política exterior. Una, del año 1923, decía: "En materia internacional se comprueba cada vez más el rigor de la Ley de Newton, esto es, que el poder de las grandes masas es irresistible. Cuando no se puede hacer algo práctico, lo mejor es que no se hable, sino en caso de extrema necesidad"... "... la política exterior no puede quedar librada, en absoluto, a las declaraciones de un ministro, susceptibles de ser modificadas por él mismo o por su sucesor".

Años después, en 1941, volvió a escribirle a Espil -en realidad, mientras vivieron nunca interrumpieron su correspondencia o el trato personal-, cuando él era Embajador en Londres y Espil en Washington, diciéndole: "Existe mucha gente, entre nosotros, que no quiere saber nada con Estados Unidos, y otros a quienes le pasa lo mismo con Gran Bretaña"... "Pero en cuanto tenemos la menor dificultad, apelamos a su apoyo, a su recomendación, a su contribución, a su influencia. A mí me parece que deberíamos tratar de resolver nuestros propios asuntos sin ayuda de padrinos... le digo esto, porque soy de los que consideran un absurdo ser anti-nada. Como país nuevo no tenemos la fuerza necesaria para cuadrarnos ante las grandes potencias mundiales. Corresponde pues, una política digna de amistoso entendimiento. Usted sabe que siempre he lamentado una política exterior romántica, y desgraciadamente no se hace lo que se quiere sino lo que se puede. Si alguna duda se hubiera admitido antes, los acontecimientos demuestran que Ligas, Pactos, Sanciones, Tratados, Convenios, Garantías, etc., poco cuentan cuando no se pueden respaldar debidamente. Existe un proverbio árabe muy cínico pero que tiene una profunda filosofía: "Besar la mano que no se puede morder". Sin llegar a los extremos de tamaña oriental majadería, me parece muy indicado no evitar la mano que puede necesitarse o imponerse. Las actitudes airadas de un individuo, que puede llevar su altivez hasta el sacrificio de su existencia, no son aplicables a los pueblos; ellos viven y perduran a pesar de todo. Ciertas concesiones traen aparejadas complicaciones evidentes que es preciso tratar de alejar, retardar, evitar o reducir en lo posible; pero cuando existen precedentes muy fuertes, la solución es muy compleja. Si un día nos convenciéramos de que es imposible evitarlos, sería de pensar si no convendría mejor negociar y adelantarnos a cualquier imposición más o menos disimulada"¹⁸.

Estos conceptos de Le Breton sobre política internacional constituyen un conjunto de ideas importantes que conviene destacar y recomendar a las nuevas generaciones de diplomáticos.

El Dr. Ras, que ocupó el sitial que ocupara el Dr. Le Breton en la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, ha hecho el gran elogio de la obra realizada por Le Breton en el Ministerio de Agricultura, recordando de paso que, desde la Embajada en Washington, se había convertido en un ferviente admirador de la revolución tecnológica que se

18. *Ibid.*, pp. 47-48.

venía produciendo en la agricultura de los Estados Unidos. Recorría incansablemente estaciones experimentales y establecimientos agrícolas, y usando la valija diplomática, enviaba "... centenares de paquetes de todo porte que por orden del Embajador debían hacerse llegar desde los centros de investigación visitados, a los incipientes semilleros de la Argentina..."¹⁹. Así envió quintales de muestras de material genético que hoy está presente, sin duda, en casi todo el producto de la fitotecnia argentina.

Le Breton fue un hombre de acción y como alguien dijo, usaba entre todos el mejor de los verbos antiburocráticos: hacer. Y su hacer era inmediato, rápido, definido. De ahí que no tolerara demoras ni postergaciones. Viene al caso la anécdota que lo define, que no puede sorprender a quienes lo conocieron y que no resisto no contar.

En una ocasión, en Washington, al dejar las oficinas de la Cancillería, al final de la tarde, el Embajador Le Breton encargó a uno de los secretarios que enviara a Buenos Aires un telegrama al Ministerio. Algo después regresó a las oficinas y le llamó la atención que ya no hubiera nadie, ni el secretario del telegrama. Desconfiado, revisó el escritorio de ese secretario y encontró el borrador del telegrama tal cual se lo había entregado. De inmediato trató de localizarlo, sin éxito. Entonces llamó a la policía y pidió que lo buscaran. Este inusual procedimiento sí tuvo buen éxito. El secretario del caso fue hallado en un elegante restaurante. La policía le informó que el Embajador lo requería de urgencia y lo acompañó en motocicleta, haciendo sonar la sirena, hasta la misma Cancillería. El Embajador, muy tranquilo, sin alterarse, le dijo que preparara y enviara el telegrama de inmediato como él lo había ordenado y no al día siguiente como creyó el secretario que podía hacerse.

Pero esta anécdota no termina aquí. Una vez listo el telegrama, Le Breton le dijo que le dictaría otro telegrama, también dirigido al Ministro de Relaciones Exteriores, lo que hizo de inmediato. Este nuevo telegrama decía simplemente: Solicito a V. E. el traslado del secretario... y aquí dictó el nombre del mismo secretario que había regresado a las oficinas custodiado por la policía. Pero no pasó de un susto.

Ministro de Agricultura de la Nación, 1922-1926

En las elecciones nacionales del 2 de abril de 1922, el Dr. Marcelo T. de Alvear fue elegido Presidente de la Nación para el período 1922-1928. En esas mismas elecciones el Dr. Le Breton fue electo senador nacional por la Capital Federal, cargo al que renunció en octubre del mismo año para asumir la cartera del Ministerio de Agricultura. En esas circunstancias, Alvear era embajador en Francia y Le Breton ejercía funciones ante el gobierno de la Casa Blanca.

Es muy conocida la gran amistad que unió siempre a Alvear y Le Breton, desde la época de estudiantes. Por eso no puede sorprender el llamado a Le Breton para que

19. Norberto P. Ras: *Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria. Anales*, t. XXX, Buenos Aires, 1977, p. 18.

vijara de Washington a París. Dice Félix Luna: había que pensar en la futura administración, en los hombres que acompañarían a Alvear en el Gobierno²⁰.

Le Breton integró el gabinete como Ministro de Agricultura. Al respecto quiero contar algunos detalles que rodearon esa designación y que le escuché narrar a él mismo.

En el año 1941, siendo Embajador en Gran Bretaña, habitaba una casa en el pueblo de Ascot, residencia que arrendó para huir de los bombardeos sobre Londres. La seguridad era sin embargo relativa, pues si bien la aviación alemana concentraba sus ataques sobre las grandes ciudades, cayeron bombas por todas partes. Una explotó frente al portón de entrada de la casa en Ascot, pero afortunadamente sólo causó la ruptura de los vidrios.

En esa residencia nos reuníamos casi a diario la mayoría del personal con el embajador, quien en momentos de descanso nos confiaba muchas de sus pasadas experiencias y recuerdos. Fue así que nos contó su conversación con Alvear en París sobre su nombramiento en el gabinete ministerial, conversación que se desarrolló aproximadamente de la siguiente manera: Alvear le preguntó qué cartera quería y él le contestó que ya la había elegido, quería ser Ministro de Agricultura. Parece que Alvear quedó tan sorprendido que, entre incrédulo y asombrado, le dijo: "Tomás, estás loco. Tengo ocho ministerios y me pides el último en orden de importancia; no puede ser, serás Ministro de Interior o de Relaciones Exteriores". Pero Le Breton tenía bastante de voluntarioso, ya había tomado su decisión e insistió diciendo que el país necesitaba un buen Ministro de Agricultura y él sería ese ministro.

Después de un corto silencio, Le Breton nos dijo: "Y si ahora se me volviera a presentar otra oportunidad de poder elegir un ministerio, ya lo tengo decidido, elegiría el Ministerio de Educación. Creo que el país está necesitando un buen ministro de esa cartera..."

Le Breton fue uno de los grandes hombres de gobierno que nuestro país ha producido y esa actitud lo confirma. No le importaba mayormente destacarse y lucirse; quería ser útil al país en el puesto que consideraba más urgente y necesario.

Este recuerdo es uno de los muchos que guardo gratamente de las conversaciones en Ascot. Por las noches, después de las comidas, le gustaba conversar y contar anécdotas, muchas referidas a su juventud y a sus amigos, entre quienes Alvear ocupaba frecuentemente un lugar destacado. Su época de estudiante, la Revolución del 90, sucesos de su actuación política y de la diplomacia.

Tenía entonces 73 años, una excelente memoria y nunca se repetía. Gozaba de muy buena salud y hasta el asma, enfermedad que lo afectó durante largos años, había desaparecido no obstante el clima húmedo de Inglaterra, lo cual atribuía al efecto benéfico de las grandes plantaciones de pinos que hay en la zona de Ascot.

20. Félix Luna: *Alvear. Las luchas populares en la década del 30*, Buenos Aires, 1974, pp. 57-58.

En aquella entrevista de París, en 1922, Alvear y Le Breton discutieron la elección de los hombres que formarían el elenco ministerial. Félix Luna menciona que el candidato de Alvear para el Ministerio de Guerra era el general José F. Uriburu, pero descartado su nombre, por razones que no vienen al caso mencionar aquí, fue Le Breton quien le sugirió al general Agustín P. Justo, "un militar con mentalidad civil, disciplinado, experto en su ramo y de gran cultura general", que "fue director del Colegio Militar"²¹.

Hoy se lo recuerda a Le Breton como uno de los mejores ministros de agricultura que tuvo el país. Se rodeó de buenos técnicos argentinos y extranjeros para las distintas especialidades, y como era un gran ejecutivo, ordenaba y exigía que se cumplieran sus decisiones.

La Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria le rindió un homenaje en 1959, en el que se evocó su obra. El académico de número Dr. J. R. Serres dijo recordarlo como a un trabajador incansable con un acabado sentido de la realidad. Demostró su preocupación sobre materia agropecuaria, incluyendo la educación y la sociología rurales. Siendo embajador en Washington enviaba regularmente información para la revista agropecuaria *El Campo*, que dirigía el Dr. Serres.

El Ministro Le Breton propulsó la siembra del algodón, tabaco y trigo de nuevas variedades. Alentó el cultivo de tung y de olivo, "... el desarrollo del tambo, la producción de manteca, el queso y la caseína; combatió las plagas; fomentó las estaciones zootécnicas de monta para suministrar a los productores modestos sementales para mejorar su capital de explotación. También las alpacas, cabras lecheras, las semillas seleccionadas, cien cultivos numerados, cien motivos de aprovechamiento de recursos al alcance de la mano, etc., etc."²²

Fundó la primera cooperativa agropecuaria. Aplicó los últimos adelantos técnicos. Era un inquieto observador y sabía escuchar. En los Estados Unidos dedicó mucha atención a los problemas de la producción agraria, a sus servicios de asesoramiento técnico al agricultor y a los resultados alcanzados en la esfera de la ciencia y la técnica agronómicas²³.

En 1923 elevó al Congreso Nacional el proyecto de ley proponiendo la adquisición e instalación de una planta de destilación de petróleo a instalarse en la ciudad de La Plata.

Como ministro, se desveló por el desarrollo de nuestras riquezas madres con rasgos perennes y fecundos, "sin olvidar algunos hermosamente pintorescos como la iniciativa de editar millares y millares de ejemplares de las *Geórgicas* de Virgilio para ser obsequiadas a los trabajadores del agro". Con este canto a la tierra del gran poeta romano, en el que daba consejos a los campesinos del siglo anterior a Jesucristo, Le

21. *Ibid.*, p. 59.

22. J. R. Serres: *Homenaje a Tomás A. Le Breton*, Buenos Aires, Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, 1959, pp. 9-10.

23. *La Prensa*, Buenos Aires, 20.3.1968.

Breton ponía de relieve que, si bien era un hombre práctico, pensaba que para alcanzar una agricultura sólida es preciso contar con labradores con vocación y que ésta se nutre con el amor a la naturaleza²⁴.

Al mismo tiempo, inspirado en el *World Almanac*, editó los Anales del Ministerio de Agricultura, un almanaque y folletos técnicos.

El diario *La Prensa* lo definió como "naturalmente ajeno a las prácticas subalternas de la política", y recordó que poco después de asumir la cartera de agricultura se lamentaba de esas prácticas diciendo: "Mi norma de no dar cargos sino por méritos, me ha puesto de punta con los políticos y con un sector de la prensa. Qué difícil es el cargo de un Ministro que quiere hacer obra en este país de postulantes de empleo y decenas de lotería"²⁵.

El Dr. Carlos Alberto Erro cuenta otra incidencia que pinta el modo a veces inesperado pero siempre positivo y práctico de proceder de nuestro biografiado: "Como todo verdadero hombre de acción, las dificultades en vez de decepcionarlo lo exasperaban. La demora le parecía un desastre. El hacer lentamente casi tanto como no hacer"... "Le Breton no se resignaba fácilmente a esperar. Nervioso, iracundo en ocasiones, cuando la orden y la reiteración de lo ordenado no lograba apresurar las cosas, hasta pagaba de su peculio".

"Una mañana llega a su despacho un alto funcionario y le manifiesta que mientras el Ministro le exige que abrevie trámites y se mueva sin pérdida de minutos no consigue que se le provea un automóvil. Le Breton toma su libreta de cheques que siempre llevaba colgando de su bolsillo interior del saco, extiende el cheque y se lo entrega con estas palabras: "Vaya a tal agencia y cómprese un automóvil". A la tarde salían en el coche recién comprado el Ministro y el funcionario entre los aplausos de los empleados del Ministerio que se habían asomado a las ventanas para presenciar la escena"²⁶.

En su carácter de Ministro de Agricultura viajó a Italia para asistir a la Conferencia Internacional de Emigración e Inmigración, que se reunió en Roma en el año 1924. Naturalmente, aprovechó su viaje para visitar diecisiete diferentes lugares. En la ciudad de Lodi inspeccionó el Establecimiento Quesero Modelo y contrató un técnico para la escuela argentina de Bell Ville. Visitó las instalaciones eléctricas de Brasimone; las obras de recuperación de tierras pantanosas y las fábricas de azúcar de Ferrari; la Fábrica de Carnes en Conserva para el Ejército Italiano, en Foligno; las Granjas Cerealistas Experimentales en Stampelli (Rieti); a lo que hay que agregar visitas al puerto de Génova, astilleros, depósitos frigoríficos que almacenaban carnes argentinas, al Consorcio Agrario genovés, dedicando una muy detenida inspección al servicio de emigración de nuestro consulado.

24. *La Prensa*, Buenos Aires, 18.2.1959.

25. *La Prensa*, Buenos Aires, 20.3.1968.

26. Carlos Alberto Erro: "La obra del Ministro Le Bretón", *La Prensa*, Buenos Aires, 11.2.1960.

Estas fueron algunas de las muchas informaciones que recogió el periodismo de esa época, al comentar el viaje del Ministro Le Breton con propósitos de estudio y de aproximación a las industrias madres concernientes a su ministerio, lo que confirma su vocación por descubrir cosas nuevas que sirvieran al progreso del país.

Un año después, en 1925, viajó a Rusia, y en una carta dirigida a Espil le dijo: "Es evidente que ni la industria ni la agricultura pueden prosperar bajo el monopolio del Estado, que fabrica mal y caro; que vende carísimo y compra a vil precio los productos de la tierra. Una minoría de obreros urbanos explota al paisano. Los agricultores se cansan de trabajar para la ciudad, pues no les queda nada". Estas fueron las reflexiones que le mereció a Le Breton el régimen comunista instaurado ocho años antes.

Embajador en Francia, 1931-1938

Le Breton fue nombrado Embajador en Francia por el Gobierno Provisional del General Uriburu y, en enero de 1931, presentó sus cartas credenciales al Presidente Doumerge, quien lo recibió en compañía del Ministro de Asuntos Extranjeros, M. Briand. Nuestro embajador conocía muy bien Francia, país al que había visitado en diversas ocasiones desde muy joven.

Hombre activo e inquieto, inició de inmediato una gira por las regiones industriales del país. Poco después, en abril, se trasladó a Roma para asistir a la Conferencia Internacional del Trigo. Visitó al Santo Padre, con quien trató sobre la emigración polaca a nuestro país.

A su regreso a París discutió con M. Briand y con el Primer Ministro M. Laval la venta de carnes y manteca argentinas a Francia. Visitó a Mme. Curie en el Instituto de Radio, para interesarla en la creación de un aparato para medir radiaciones, que envió a la Facultad de Ciencias de Buenos Aires.

En 1932 concurrió a Ginebra presidiendo la delegación argentina ante la Conferencia Internacional del Trabajo. Allí criticó la actitud de los países europeos, cuya influencia denunció citando el proyecto de las convenciones colectivas agrarias, en el cual no figuraba uno sólo de los países de ultramar. Sostuvo que los efectos de la crisis afectaban el orden mundial y no a un continente.

Al año siguiente viajó a Londres como Jefe de la Delegación Argentina a la Conferencia del Trigo. Muchas y muy variadas fueron sus actuaciones y observaciones sobre nuevas técnicas, las que comunicó oficialmente al gobierno, y otras igualmente numerosas las que en correspondencia privada informó a sus amigos o institutos de la especialidad, pero no caben en esta monografía.

Quiero referirme ahora a importantes sucesos relacionados con la guerra civil española, que repercutieron en nuestra Embajada en Francia. Le Breton, respondiendo a pedidos que le llegaban desde España, se ocupó por razones humanitarias bien com-

prensibles en ayudar a huir de Madrid a numerosos argentinos y españoles que temían por sus vidas a causa de la situación de desorden y crímenes originados en ese mes de julio de 1936 en que estalló la guerra civil. Algunas personas radicadas en París -como Gregorio Marañón- solicitaron igualmente su intervención.

El 5 de septiembre de 1936 Le Breton se entrevistó en la frontera con el Embajador García Mansilla, acreditado en España, para considerar la situación de los argentinos atrapados por el conflicto. Según relató Le Breton, en esa ocasión, junto al puente internacional, contempló la ciudad de Irun en llamas: "vi en llamas una antigua ciudad"... "vi a un pobre campesino que pasaba el puente bajo la metralla y conducía una vaca con emocionante premura".

El ex Canciller del General Franco, Ramón Serrano Suñer, refirió su propia experiencia que, en parte, vale la pena reproducir. Preso en la Cárcel Modelo de Madrid, de ahí fue llevado a una clínica de la cual logró escapar para refugiarse en la Legación de Holanda. Allí, según contó, "un día tuve la inesperada alegría de que me anunciaran la visita del señor Pérez Quesada, de la Embajada Argentina, que era un personaje legendario en el inframundo de los refugiados, una especie de Pimpinela que realizaba las hazañas más extraordinarias desde el punto de vista del ingenio y del valor. Este hombre a quien yo personalmente conocía, me dijo: "Tengo el encargo de mi Embajador en París, el Dr. Le Breton (a quien Marañón se lo había rogado) de llevarle a usted a nuestro Consulado en Alicante. Desde allí a un barco de guerra, saldrá para Francia, y más tarde se le facilitará el paso a la zona nacional""²⁷.

Sabemos que esa operación resultó bien y que Serrano Suñer llegó a Francia a bordo del destructor "Tucumán". No me extenderé en detalles sobre las peripecias e incidentes de la huida, pero quiero aprovechar esta oportunidad para rendir homenaje a aquel diplomático argentino, Edgardo Pérez Quesada, quien, como Encargado de Negocios en Madrid, realizó proezas exponiendo con frecuencia su propia vida para llevar a cabo las difíciles tareas de pasar de contrabando, a través de los controles de la ruta de Madrid a Alicante, a numerosas personas.

Como se recordará, el número de refugiados en nuestra Embajada en Madrid llegó a 400 personas y todas consiguieron salvarse. Hay muchos testimonios sobre los sucesos vividos. Se escribieron libros. Uno de ellos por el español y periodista asilado Francisco Casares, quien hizo grandes elogios de la política seguida por la Argentina defendiendo e imponiendo el "derecho de asilo" que disputaban las autoridades de Madrid. Al respecto reconoció que "También correspondió una buena parte de esta obra de conjunto, en la que han intervenido varias personalidades argentinas, al Embajador de la República en París, Dr. Tomás A. Le Breton. Con un interés extraordinario, y con un vivo deseo de colaboración y ayuda, se mantuvo al habla constantemente con Madrid para ir siguiendo las fluctuaciones de la gestión y ayuda hasta donde le fuera posible a su colega el señor Pérez Quesada. Aprovechó el Dr. Le Breton el paso de los

27. Ramón Serrano Suñer: *Entre el silencio y la propaganda. La Historia como fue. Memorias*. Madrid, 1977, p. 49.

ministros republicanos por París para insistir en las demandas de la Argentina. Tuvo conferencias con el Embajador rojo Araquistain. Y en otro tipo de ayuda, se preocupó del envío de víveres, gasolina y combustible a la Embajada, para atenuar los rigores de la carencia que padecían los refugiados"²⁸.

También en la memoria anual del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto al Congreso Nacional se informó sobre la participación de nuestro Embajador en Francia: "El 31 de mayo, el Embajador Le Breton desde París daba cuenta de los peligros en que se hallaba nuestra representación en España a causa de los bombardeos cada vez más frecuentes de la aviación revolucionaria y de la amenaza de desórdenes internos en Alicante, Valencia y Barcelona. Anunciaba igualmente que el "Tucumán" había sacado en tres viajes 300 evacuados de la Embajada de Chile en Madrid, quedando aún 1.500 de esta nacionalidad y 270 uruguayos"²⁹.

En 1937 se inauguró la Exposición Internacional de París a orillas del Sena, en la cual la Argentina participó con una barcaza o "peniche" anclada en el río, convertida en elegante restaurante en el que se servían platos típicos de nuestra cocina. Uno de sus atractivos -ideado por Le Breton- fue un novillo de tamaño natural que mandó hacer especialmente en los Estados Unidos, colocándole un altoparlante en la barriga. El animal movía la cabeza y la boca como si hablara y emitía mugidos intercalados con párrafos de un discurso en el que, en distintos idiomas, relataba su origen argentino y ponderaba la alta calidad de su carne, que podía apreciarse en los bifés que se servían en nuestro original pabellón.

Embajador en Gran Bretaña, 1938-1941

Le Breton representó a nuestro país ante la Corte de Saint James por casi cuatro años. Ya designado, no pudo asumir de inmediato porque se lo impidió un acontecimiento muy penoso. Su esposa, que lo había precedido en Londres para ocuparse del arreglo de la residencia de la Embajada, falleció inesperadamente en el Hotel Claridge, donde se alojaba. El traslado de sus restos a París y luego a Buenos Aires, por vía marítima, ocupó varias semanas.

Nuestro Embajador se hizo cargo de sus funciones en el año en que estalló la Segunda Guerra Mundial. Al principio pudo establecerse en la residencia ubicada en Belgrave Square, no muy lejos de Buckingham Palace, morada de los reyes. Pero cuando comenzaron los bombardeos de la aviación alemana se trasladó a la localidad de Ascot, como lo hicieron muchos otros diplomáticos acreditados en Londres.

Su primera actividad en Gran Bretaña fue recorrer el país y, como lo había hecho antes en los Estados Unidos y en Francia, visitó todo lo que pudo, investigando en

28. Francisco Casares: *Argentina y España 1936-1937*, Buenos Aires, 1937, p. 198.

29. Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto: *Memoria presentada al Honorable Congreso Nacional*, Buenos Aires, 1937, p. 39.

la actividad industrial, laboratorios, los adelantos técnicos que pudieran ser útiles a nuestro desarrollo, etc. Visitó también el Laboratorio Experimental de la Universidad de Cambridge, donde desde hacía muchos años se venían realizando experiencias con leche y huevos deshidratados (leche y huevos en polvo).

Durante los años de la guerra, el Ministerio de Alimentación británico había intensificado su apoyo a la búsqueda de métodos nuevos aplicables a la obtención de toda clase de alimentos deshidratados, entre los cuales se incluían las carnes. Había que disminuir el uso de barcos frigoríficos y reducir el volumen de los productos manteniendo sus valores en proteínas.

Pero nuestro embajador era un hombre práctico y no se conformaba con informar. Conversó con los miembros del Directorio de la cadena de restaurantes Lyons y consiguió su asentimiento para que el jefe de laboratorio de esa firma y algunos de sus peritos vinieran a Buenos Aires, lo que se realizó corriendo todos los gastos de traslado por cuenta de la misma empresa. En esa época el Frigorífico Anglo ya producía con éxito huevos en polvo, producto que se expendía en los almacenes de Gran Bretaña, constituyendo un aporte importante dado el racionamiento existente, que otorgaba un huevo fresco por persona por mes.

La casa de Ascot fue arrendada en forma personal por Le Breton y sostenida con su peculio. Estaba situada en una zona boscosa, con muchos pinos, a cuya influencia atribuyó Le Breton su buena salud, ya que sus ataques de asma desaparecieron.

Era un chalet con amplia recepción en la planta baja y varios dormitorios en el piso alto. Calculo que el terreno propio sería de poco más de una hectárea, con jardines y huerta. Con motivo de la guerra todos los habitantes trataban de producir algo. El gobierno ocupó parques, campos de golf y cuanto espacio presentaba posibilidades de siembra de cereales, papas y cualquier clase de hortalizas.

Quizás algo influenciado por la política gubernamental, pero más aún por inclinación personal, Le Breton aprovechó sus terrenos para organizar una granja modelo en miniatura, con cuya producción complementaba el racionamiento de alimentos. Fue así que formó un criadero de aves, conejos, cabras y hasta adquirió una vaca lechera, todo lo cual completó con cultivos de variadas legumbres.

Si bien la mayoría de los diplomáticos habían dejado Londres, las oficinas de las embajadas y consulados continuaban funcionando con horarios más reducidos. Le Breton iba todos los días a Londres y cuando no concurría reunía al personal en Ascot. El personal diplomático estaba formado por los secretarios Ricardo J. Siri, Guillermo Uriburu, Rodolfo Muñoz y los agregados Oscar Marino, Diego Lezica Alvear, Adolfo Flores Pirán y Domingo Derisi. Con frecuencia pasábamos las noches en la residencia de Ascot.

Le Breton invitaba mucho a los diplomáticos radicados en la zona, junto con personalidades políticas que también vivían en la vecindad. Era muy hospitalario. Ofrecía continuamente comidas y almuerzos, y pronto se hicieron proverbiales sus almuerzos

de los sábados y domingos, por la importancia de sus invitados y la excelencia de su mesa.

Como de su casamiento no tuvo hijos, siempre vivió con él y su esposa una sobrina, Manuelita Lloveras, que los acompañó en Washington y París. Cuando la señora de Le Breton falleció en Londres, Manuelita compartió con el Embajador las funciones de dueña de casa. Era una mujer encantadora, de modales suaves y muy culta. Fue una persona muy querida en el ambiente en que debió actuar, ocupando el difícil lugar que había desempeñado con brillo la señora de Le Breton.

A principios de 1941 llegué a Londres, trasladado desde Washington. Era la época en que arreciaban los bombardeos nocturnos sobre la ciudad. La aviación alemana aprovechaba las largas noches del invierno. Gran Bretaña había quedado sola en la lucha. Se hablaba de que Alemania se aprestaba a invadir la isla y las circunstancias parecían favorecerle. Le Breton mismo creyó en la posibilidad de un intento alemán de invasión. Recuerdo que me llevó en su automóvil a recorrer las zonas ribereñas del Támesis, para observar la preparación de defensa que estaban realizando los ingleses. No obstante, siempre pensó que el triunfo final sería de los aliados, porque preveía como inevitable la entrada de Estados Unidos en la guerra.

Cuando a fines de 1941 Le Breton renunció a la Embajada, yo quedé como Encargado de Negocios. En esa ocasión recibí del Embajador, con sus sabios consejos, el generoso regalo de su automóvil particular, un Daimler-Benz, para que en el caso de producirse la invasión me trasladara a Oxford con el personal que cupiera en el coche. Consideraba que, siendo Oxford una ciudad desarmada y centro universitario tan importante, el invasor no la atacaría. Felizmente la necesidad de usarlo no se presentó nunca.

En el mes de agosto de 1941 se reunieron secretamente en un buque de guerra, "en un lugar del Atlántico", el Presidente Roosevelt y el Primer Ministro Churchill, con el objeto de considerar las condiciones en que deberían asentarse en el futuro la paz y la seguridad internacional. Este acuerdo, concertado por presidente de una nación todavía neutral con el jefe del bloque de los Aliados, fue la "Carta del Atlántico", cuyos principios fueron luego incorporados en la Carta de las Naciones Unidas.

La noticia se publicó después del encuentro junto con una fotografía tomada a bordo, que mostraba a los dos protagonistas participando de un servicio religioso. Recuerdo que esa fotografía impresionó mucho a Le Breton. Consideró importante que la información se diera destacando precisamente el acto religioso. Su reflexión sobre ese hecho fue que los hombres que ocupan cargos destacados tienen la obligación de comportarse de manera que todos sus actos sean considerados como ejemplos a imitar. Decía que, en esos casos, cada acto debe ser una lección.

Antes de regresar a la Argentina, Le Breton visitó al Primer Ministro para despedirse. En esa oportunidad le señaló que se había sentido asombrado porque había podido alejarse de la sede de sus funciones por tantos días, para encontrarse con Roosevelt, aislado en medio del Atlántico. Churchill se sonrió y respondió: "Embajador, esta au-

sencia me trajo una enseñanza, Gran Bretaña no necesita un Primer Ministro, en mi ausencia me reemplazaron con un sello de goma...".

Así como al dejar París, en 1938, fue nombrado Miembro Titular Extranjero de la Academia de Agricultura de Francia, al abandonar Londres, en 1941, fue igualmente distinguido con la designación de Miembro Honorable de la Real Sociedad de Agricultura de Gran Bretaña, honor que sólo otro argentino, el Dr. Ezequiel Ramos Mejía, había alcanzado en 1902. Nada podía halagar más a Le Breton que recibir honores de esa naturaleza, que significaban el reconocimiento a su larga dedicación a asuntos vinculados con las ciencias agrarias, tan caros a sus sentimientos.

Antes de concluir, quiero referirme a la personalidad de ese gran político y diplomático, con estatura de estadista, que fue Le Breton, citando opiniones de dos hombres que lo conocieron mucho. ¿Cómo era Le Breton?

Antonio J. Bucich lo trató asiduamente en su juventud, en el barrio de la Boca, y escribió: "Lo que más me impresionó de él fue su mirar. Fijaba los ojos en el interlocutor. No los apartaba. Parecía querer influirle el espíritu animoso que movía sus ambiciones de conductor. Parecía querer infundir en éste la misma terca voluntad que convertía sus ambiciones en hechos"... "impresionaba prestamente por la enérgica contextura de su carácter que se traducía en sus gestos carentes de toda afectación y menos de ampulosidad. Parecía en cierto modo hosco. Pero no lo era"³⁰.

La otra opinión es la del distinguido diplomático Felipe A. Espil, que se formó a su lado, acompañándole como secretario en su primer a embajada en Washington, en 1918. Ahí nació una gran amistad que duraría toda la vida.

Con motivo de la muerte de Le Breton, en 1959, Espil lo describió como un hombre de "obstinada intransigencia cuando estaba por medio el cumplimiento del deber, y de cierta aspereza exterior que no invitaba a la familiaridad, actitudes ambas que le restaron más de una vez el fácil y fugaz aplauso popular y que encubrían un inmenso fondo de dulzura y de bondad, que aquellos que gozamos el privilegio de su amistad tuvimos ocasión frecuente de apreciar. En su espíritu amplio y magnánimo siempre dispuesto a olvidar y perdonar, no albergó nunca el rencor ni el resentimiento"³¹.

Finalmente, quiero citar un pensamiento muy breve y expresivo que me ha entregado espontáneamente una gran amiga de Le Breton, la señora Marta Aldao de del Carril. Dice así: "A Le Breton le interesaba todo, desde una exposición de Picasso a una de rosas; desde una vieja interesante y culta a una joven frívola e inculta. Decía que buscando, todo tenía su encanto".

30. Antonio J. Bucich: *loc. cit.*, p. 13.

31. Felipe A. Espil, en *La Prensa*, Buenos Aires, 27.2.1959.